MISCELANEA

DE ARTES

MUSEO DEL PRADO
21 000890
BIBLIOTECA

15145
21.Y90 (1)

21/890(1)

MEMORIA

PARA ESCRIBIR LA BIOGRAFÍA

DE DON RAFAEL ESTEVE,

PRIMER GRABADOR DE CÁMARA DE S. M.,

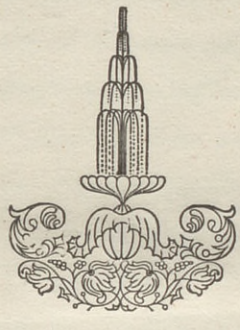
PUBLICADA

POR LA REAL ACADEMIA DE NOBLES Y BELLAS ARTES

DE

SAN CARLOS

DE VALENCIA.



1848.

IMPRENTA DE D. BENITO MONFORT,

IMPRESOR DE DICHA ACADEMIA,

plaza del Temple, núm. 5.

REAL ACADEMIA
DE NOBLES Y BELLAS ARTES
DE SAN CARLOS
DE VALENCIA.

En sesion ordinaria de 21 de Noviembre de 1847 se leyó un oficio de D. Antonio Esteve, Director de Escultura, en el que hacia presentacion del Retrato de su Señor Tio D. Rafael Esteve, Grabador de Cámara de S. M. y Director Honorario de esta Academia, cumpliendo lo dispuesto por el mismo en su última disposicion testamentaria, como una memoria de lo gratas que le habian sido las distinciones que habia recibido de esta Real Academia, y no pudiendo la misma ser indiferente á una manifestacion como la significada por tan eminente Artista, honor de esta Academia y del Pais que le vió nacer, se acordó se escribiera su biografía para que se hiciesen públicos sus méritos artísticos, á cuyo fin se confirió Comision á los Señores D. Francisco de Paula Labayla, Vice-Presidente; D. Vicente Marzo, Secretario; D. Vicente Boix; D. Juan Arolas; D. Antonio Esteve, y D. Tomás Rocafort, encargándose la redaccion de aquella al referido **D. VICENTE BOIX.**

D. RAFAEL ESTEVE

1.er grabador de Cámara de S.M.

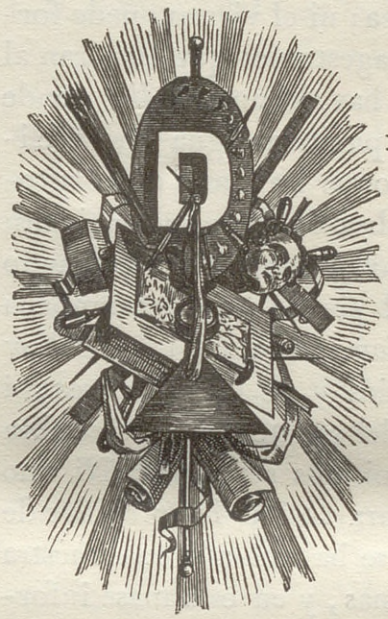
A LA ACADEMIA DE NOBLES ARTES DE S. CARLOS

TRIBUTA ESTE CORTO OBSEQUIO

su Director en ambos grabados

Dn TOMAS ROCAFORT

AÑO 1848.



ESAPARECIENDO van uno en pos de otro, y de una manera harto rápida en verdad, los hombres eminentes, que fueron un tiempo el apoyo mas robusto de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Carlos. Harto inquieta la generacion actual se fija apenas, entre el espantoso vértigo en que rueda casi ciega, en esas piedras carcomidas por el tiempo, y pulverizadas por la mano de los hombres; para buscar en ellas un recuerdo de lo

pasado; y sacudiendo el polvo de los sepulcros, registrar en su seno las cenizas de los genios que dieron nombre á su época y gloria á la Nacion que les vió nacer. Se han arrancado de cuajo y disipado al viento de las revoluciones esos monumentos, cuya sombría magestad aterraba á los contemporáneos, para plantar en el inmenso espacio que ocupaban aquellas moles de piedra, la raquítica estátua cubierta de oropel y flexible como un pensamiento liviano consagrado á la novedad. En torno de ella no queda mas que soledad; ni un árbol antiguo la sombrea; ni el viento puede formar allí estos sonidos magestuosos que inspiran al genio de la armonía; ni hay allí una sombra donde la poesía encuentre una piedra antigua para reclinar su cabeza y sentir llorar. La mano de la revolucion ha arrasado la obra de diez generaciones; y ha insultado la ignorancia esas ruinas grabando con letras de sangre al pie de una derrumbada cruz la palabra *ilustracion*. ¿Para qué invocar hoy los nombres de los sábios y de los guerreros, si bajo la misma pluma del escritor que los celebra han desaparecido sus mismos sepulcros? Ni uno solo se ha reservado para recibir las ofrendas de la posteridad; su polvo se ha amasado con nuestra sangre y nuestras lágrimas, y en esta masa informe y funesta se ha querido vacíar un altar para las artes. Cubiertas con el manto de la religion habian estas habitado de templo en templo un lugar sagrado durante muchos siglos, ora magestuosas,

graves y sublimes bajo las elevadas bóvedas de las viejas catedrales y solitarias abadías, ora risueñas y caprichosas en los altares, servidas por los individuos de los modernos institutos religiosos. Hijos éstos de una sociedad bulliciosa, vehemente y jóven, exornaban sus moradas con todas las bellezas, cuyo tipo se fijó en el pontificado de Leon X, bajo el pincel de Rafael y entre las piedras de Miguel Ángel. El monge antiguo de Cluny, de Claraval ó de San Mauro, sombrío como su trage y austero como sus desiertos, hacia sentir á los artistas de Luis el Pio, ó del Conde de Wifredo el Velloso de Barcelona, la misteriosa inspiracion de sus noches, consagradas á la oracion y á la penitencia en esos claustros góticos, cuyo adorno mas bello era su oscuridad, y cuya verdadera vida se alimentaba con las brisas de sus cementerios. Los hijos de San Ignacio, por el contrario, y los de San José de Calasanz, ó de Santa Teresa de Jesus, educados para practicar sus virtudes en una sociedad que debia agitarse por el soplo de Lutero y de Calvino, llamaron á las artes para que exornasen sus iglesias con el gusto caballeresco y brillante de la Corte de Francisco I y Carlos V, cubriendo al genio solitario de los viejos monasterios con los magníficos ropages del siglo XVI; pero alimentando como los sacerdotes de los primeros siglos de la Iglesia el fuego sagrado que se ha conservado ante el ara de la Religion, hasta que el orgullo social, apagándolo, ha osado sustituir su llama inestinguible con

la luz efímera de sus convites. Con las ruinas de nuestras iglesias y monasterios han rodado tambien las artes, para no levantarse en mucho tiempo, sino para trasladar al lienzo la imágen de un hombre que nunca es un Pedro I, ni un Villandrando, ni un Gonzalo de Córdoba, ni un Florida Blanca, ni un Alberoni; ni edificar un vestíbulo que se parezca en algo al alcázar de Sevilla, ni al de Toledo, ni á la vieja catedral de Barcelona, ni á la Lonja de Valencia. Casi mendigando hoy nuestros artistas al través de los espantosos sacudimientos de estas últimas épocas, ni aun pueden gozar en paz de un cielo como el de Valencia ó de Sevilla para percibir sus brisas, reclinarse entre sus flores y crear por su sol, por su luna, por sus dias sin nubes y por sus noches sin horror. ¿Cantaría el poeta del Oriente sus sueños de perfumes bajo el cielo nebuloso de la Groclaudia? ¿Pulsaría Ossian su arpa melancólica y dulce del mismo modo en la gruta de Fingal que entre las ruinas espléndidas de Babilonia? Cada clima tiene sus genios privilegiados, así como tiene sus plantas; trasplantarlas á otro punto es marchitarlas, es matarlas, á no mediar los mas esquisitos cuidados en un hábil labrador. Pero arrancarlas para hermosear con ellas un jardin que está mal guardado y que ofrece poca vegetacion y vida, es pretender colocar las colosales pirámides de Egipto, que solo están bien en sus desiertos, en las mezquinas plazas de nuestras capitales europeas.

Así Valencia, apacible y hermosa ciudad que baña su falda en las abundantes aguas que riegan la estensa alfombra, en cuyas flores se duerme, parece destinada como Atenas, como Nápoles, como Florencia y como Venecia á ser la cuna de las artes y á conservar en todos tiempos un ara para ellas eternamente cercada de perfumes. Sus torres gigantescas, arabescas muchas, sobre quienes se levanta sombrío el inmenso Miguelete; sus templos espaciosos de altas naves y de magestuosas decoracienes; los imponentes torreones que cercan las murallas que elevó D. Pedro IV, de glorioso renombre; sus abundantes lápidas y trozos históricos romanos; sus elegantes puentes; sus innumerables acequias, pasmo del génio; sus profundos y sólidos subterráneos, como las catacumbas de las vias romanas; su cielo brillante y azul, como el cielo del Olimpo ó del Tenaro; su sol ardiente, como el sol de Nápoles; sus noches serenas, como las primaveras de los cuentos orientales; la abundancia de sus flores, entre las que se hallan multitud de otras importadas de todos los paises del globo; la suavidad de sus brisas, la dulzura de su lengua; la gracia poética de sus festividades, y la franqueza, la hilaridad y el genio de sus pobladores, comparados exactamente á los antiguos atenienses, entre sus recuerdos góticos, árabes y caballerescos, forman de Valencia un punto muy al propósito para el estudio pacífico del artista. Ni le conmueve el espantoso tráfago de las inmensas

capitales, ni teme tampoco el esquivo aislamiento de una mezquina villa. Doquiera que vuelve la vista, puede estudiar un monumento bajo diferentes formas y épocas: si penetra en los templos, le encanta el genio que los construyó, y bajo sus losas hollan sus pies las cenizas venerandas de los que, hijos de las artes, exigen con razon de la posteridad un recuerdo de respeto y de adoracion. A tanta influencia, á tantos medios de estudiar y de saber se debe el buen nombre que las artes han alcanzado en Valencia aun antes de que apareciera el genio de Joanes, copiando las divinas inspiraciones de la sublime Concepcion. Fecundo en gloria el siglo XVI bajo el cetro del poderoso Carlos I, cetro que supo conservar inmarcesible, aunque con mayor esfuerzo, el sagáz Felipe II, y que empezó á quebrantarse entre las manos del vacilante Felipe III; fue tambien una época brillante para las artes, que en Sevilla y Valencia crearon á los émulos de Rafael para formar á los Riberas, los Murillos, los Velazquez y los Espinosas. Una y otra escuela, desde las orillas del Guadalquivir y del Turia quisieron hacer ver á los monarcas españoles que si sus tercios vencian en los campos de Lacio, podian rivalizar tambien sus genios con los mas distinguidos profesores del pacífico Leon X. Rompíase el cetro de las Españas sobre el lecho moribundo de Carlos II, entre las revueltas de Juan V de Braganza y en las erizadas crestas de la montuosa Cataluña, y sin embargo,

no se eclipsaban las artes en Valencia bajo el pincel de Conchillos y los escoplos de los maestros de Vergaras. Fernando el VI reanima á las artes, y á la par de la real y sábia Academia de San Fernando, la augusta esposa de aquel príncipe da su nombre en la ciudad del Cid á una nueva Academia, sucesora de otra que con el nombre de «Valencianos y Castellanos" sostenia mucho antes las glorias artísticas del pais.

Carlos el III que representa en España el gran rey de Francia Luis XIV, empuja con su mano poderosa la Academia de Santa Bárbara, y desde aquel tiempo, agrupados los jóvenes al rededor de este asilo pacífico y encantador, aprendieron sus primeras inspiraciones del inmortal Vergara, émulo de Miguel Ángel, y único despues de él en la escultura. No contenta, empero, la naciente Corporacion con el fruto constante de sus desvelos, envia de su seno, sin perder nada de su vida, una porcion de profesores á crear la Academia de Mégico, para hacer sentir á los descendientes de Motezuma y á los pueblos de Hernan-Cortés las bellas inspiraciones de la ciudad que recogió la herencia de Viriato. De este modo, correspondiendo la Academia de San Carlos á la importante mision que sus sábios y bien meditados Estatutos le confian, ha visto satisfactoriamente desarrollar hasta tal punto los gérmenes del saber, que ni la penuria de sus fondos, ni los trastornos políticos han impedido á los profesores concurrir á las clases, ni los alumnos

han perdido jamás la noble aplicacion que forma su mas bella apología. Así hemos visto, durante la pasada sangrienta lucha civil, y en el mismo dia en que un egército enemigo bloqueaba nuestra capital, correr presurosos maestros y discípulos al pacífico santuario de las artes, para presenciar la distribucion de premios, abandonando aquellos por un momento sus tranquilos hogares, y éstos las armas que empuñaban para venir á la Academia; y despues de pocas horas volver á empuñarlas para volar á las murallas y escuchar el funesto estampido de los cañones y los alaridos de la guerra. Así hemos visto á los profesores, ancianos la mayor parte, dedicarse á la enseñanza, sin percibir en muchos meses sus pobres honorarios; al paso que la Academia se ha encontrado casi siempre indecisa en la distribucion de premios, porque los jóvenes opositores rivalizaban y se igualaban en conocimientos. Durante los tiempos calamitosos, que tantas lágrimas y sangre han hecho verter á nuestro desventurado pais, ni un solo dia se han cerrado las escuelas, ni se ha echado de menos un solo dia la afluencia admirable de los alumnos; llegando esta aplicacion hasta el estremo pausible de abrir las clases en las horas de sol, porque la falta de recursos, y las circunstancias de la época impedian aprovecharse de las luces artificiales. ¿Dónde, en qué pais se cuentan tales egemplos de amor á las artes? ¿Es estraño por consiguiente que la influencia del clima, el genio privilegiado del

pais poético que habitamos y el celo inestinguible de la Academia produzca en todos tiempos hombres eminentes en todas las clases que comprende el estudio de las bellas artes? No; hay nombres que pertenecen á la gloria artística, y esos nombres, alzados en la mente de los profesores actuales, dirán siempre que el suelo de Valencia no ha visto todavía á las artes desplegar sus alas para verter en otra parte su inspiracion y su armonía. Juanes, Ribalta, Planes, Peralta, Ribera, Espinosa, Borrás, Conchillos, Lopez, padre é hijos, Parra y otros ciento ilustraron con sus pinturas desde el siglo XVI hasta el dia, en tanto que la arquitectura, despues de producir esos gigantescos monumentos de la Catedral, las torres de Serranos y la espléndida Lonja de los mercaderes, legó sus recuerdos á Vicente Gascó; Antonio Gilabert; Juan Bautista Mingues; Bartolomé Ribelles y Machuca; Joaquin Martinez, Diputado en las Córtes del año 12; José García; Marqués de la Romana; Francisco de las Cabezas; Marzo; Blasco, y otros que han producido los suntuosos y grandes edificios cuya elegancia ostenta Valencia, en los que no puede encontrar sino bellezas la crítica mas severa.

No se halla, empero, el arte de grabar tan en desuso en esta hermosa Capital y en el seno de la Academia, que no se deba colocar esta clase como la primera en España, y como la mas aventajada tal vez. Las obras de Crisóstomo Martinez; de

José Ribera (el españoleto) Ribalta y Conchillos, como grabadores tambien; el inmortal José Camaron; Francisco Quesada; Antonio Rodriguez; Ignacio García; Francisco Rabanals; Hipólito Ricart; Hipólito Robira; Francisco Navarro; Fabregat, director de la Academia de Mégico; Asensio; Francisco Galcerán; el inmortal Manuel Monfort; Vicente Capilla; José Ribelles; Fernando Selma; Tomás Lopez Enguídanos; Francisco Jordan; Manuel Peleguer; Gimeno; Mas; Brandi; Victoria; Samper, y otros muchos pintores y grabadores, á un tiempo casi todos, compitieron con nacionales y estrangeros, para presentarles, para prueba de su inteligencia, á los dos Vergaras, únicos entonces en el mundo artístico, y ante quienes se inclinaban con razon respetuosos sus entendidos contemporáneos. A par de los pintores, grabadores y arquitectos, se alzan esplendentes los nombres de los célebres escultores Ignacio Vergara, que á la edad de veintidos años trabajaba la magnífica fachada del palacio de Dos-Aguas; José Puchòl, José Esteve, maestros de José Gil; José Piquer, Joaquin Domenech y Felipe Andreu, que hijos todos de esta Academia han hecho conocer su nombre por todas partes, y sobre todo en el sagrado alcázar de nuestros Soberanos. Su régia munificencia se ha dignado siempre colocar entre sus sublimes recuerdos los nombres de artistas valencianos, como pintores, escultores ó grabadores de Cámara. Mariano Maella, en tiempo del Sr. Don

Cárlos IV y D. Fernando VII: Fernando Selma; José Giner; Tomás Lopez Enguídanos; José Asensio, grabador de Cámara por la letra; Francisco Cardona; José Camaron y Meliá; José Aparicio; Miguel Parra, y actualmente D. Vicente Lopez; su hijo D. Bernardo, y otros que en el dia disfrutan de alto honor, valencianos y discípulos de esta Academia, siquiera hayan recorrido algunos de ellos estraños paises en pos del saber y de nuevas comparaciones, no privarán jamás á esta Corporacion artística de la gloria que le cabe por haberlos visto nacer.

Pero ¡ah! la Academia de San Carlos, que con tanta frecuencia suele inclinarse ante la celebridad de los mas predilectos de sus hijos, tiene que deplorar tambien con harta repeticion la pérdida de aquellos, cuyo solo nombre, inscrito en su sepulcro, bastara para enseñar á la posteridad una época consagrada por la gloria de sus artistas. No hace mucho que el escelente pintor de Cámara D. Miguel Parra trasladaba al lienzo los colores, la trasparencia y hasta los perfumes, si se permite esta espresion, de todas las flores que engalanan nuestros jardines, y hoy descansa ya en su pobre sepulcro, lejos del suelo que le inspiró durante su larga y pacífica carrera sobre el mundo. En pos de él ha desaparecido tambien, honrado hasta su tumba, el Sr. D. Rafael Esteve, primer grabador de Cámara de S. M.; caballero supernumerario de la Real y distinguida órden española de Carlos III;

Académico de mérito y de honor de la de San Carlos; de mérito de la de San Fernando, y miembro corresponsal de la Academia Real de Bellas Artes de París.

Nació este ilustre y distinguido profesor en Valencia, dia 1.° de Julio de 1772, y fue bautizado en la iglesia parroquial de San Andrés Apóstol. Su padre, D. José Esteve, valenciano, y escultor de Cámara de S. M., era ya célebre entonces por la hermosa y bien acabada estátua de mármol de Santo Tomás de Villanueva, las de San Vicente Ferrer y San Vicente Mártir, que decoran la capilla de nuestra Señora de los Desamparados y otras varias obras de la Santa Iglesia Catedral. Su madre se llamaba Doña Josefa Vilella, de honesta y honrada familia, y cuya bondad de carácter, suavidad de costumbres y buenas relaciones, eran un tipo del pacífico reinado de Fernando VI. Nacido D. Rafael Esteve bajo el techo que habitaba un grande artista, y avezado desde su mas tierna edad á los objetos que suelen profusamente rodear los hogares de un eminente profesor, se aplicó desde luego á su estudio, semejante á los antiguos primogénitos de los altos paladines de la Europa feudal, que antes jugueteaban con las pesadas armaduras, de los héroes que conocian su uso y su destino. Trece años contaba apenas, cuando en Diciembre de 1785 recibió Esteve su primer premio en la clase de cabezas, y al año siguiente aspiró ya el niño artista á la obcion de unos premios ofrecidos

por la Academia en oposicion con Vicente Velazquez y Tomás Miralles. La obra presentada era una copia de nuestra Señora del Pez, pintura de Rafael, y grabada poco antes por Fernando Selma, cuyo delicado buril competia con Drebet y Edelinch. Velazquez obtuvo tres de los cinco votos, y Esteve, que mereció dos, colocándose en la misma altura que Miralles, recibió en premio la gratificacion de cincuenta reales, sacados de los fondos de la corporacion, cantidad que debia halagar la reducida ambicion de un niño. La misma Academia, atenta siempre al mérito y á los adelantos de sus alumnos, adjudicó unánimemente á Esteve en 3 de Abril del 87 el premio ofrecido en modelo blanco; distinguiendo á su discipulo, no solo por sus admirables progresos, sino tambien por su docilidad, disposicion y mesura, y recibiendo por lo mismo la mas grata satisfaccion al aceptar el profesor D. Manuel Brú una estampa dibujada de pluma, como muestra de la constancia del futuro primer grabador de cámara. El artista, empero, debia comenzar á gozar del fruto de sus incesantes tareas; fruto delicioso que no se compra con lágrimas, ni cuesta á la patria una sola gota de sangre. La Academia, pues, que parecia vigilar constantemente sobre su hijo predilecto, le concedió, en 12 de Junio de 1789, una pension ofrecida á los de la clase de grabado, obteniendo otro premio en 10 y 11 del siguiente mes de Julio. Reconocido Esteve á tanta distincion, quiso en cierto modo mostrar á

la Corporacion su profunda gratitud presentando á la Junta de 8 de Marzo de 1791 una cabeza perfectamente grabada y otros varios dibujos de figuras, declarando la Academia á la vista de estos esfuerzos artísticos que su pensionado se aprovechaba notablemente en su carrera. Infatigable, sin embargo, el laborioso artista aspiraba á una celebridad, y una en pos de otra salian de sus manos diferentes obras á cual mas acabadas, y por lo mismo no perdia ocasion alguna para manifestar su amor al trabajo, á pesar de encontrarse entonces en la primavera de la vida en que la mente se fija apenas bajo el silencio de la soledad y del estudio. Aspiraba á la gloria; y fue grande porque su genio era superior á esta ambicion. En 28 de Octubre del mismo año presentó D. José Esteve, lleno de júbilo, como profesor y como padre, varios egemplares de un retrato, copia de otro, grabado por su hijo Rafael, para que la Academia pudiera apreciar los progresos de su discípulo, pensionado en Madrid por la misma Corporacion, á fin de que diese espansion á su capacidad artística á la sombra benéfica de la respetable Academia de San Fernando. En 3 de Junio del 92 recibió la de San Carlos varios egemplares de una estampa que representa á nuestra Señora con el Niño-Dios, grabado por Esteve, que buscó el original en una obra de Carlo-Marati. El jóven grabador valenciano empezó ya desde entonces á ver, á comparar y á crearse un gusto, que perfeccionó con el

tiempo, pero que ha sido despues propio suyo, aspirando á rivalizar con las mejores producciones de Mengs. Sus líneas tienen una armonía desconocida de muchos, y es tal la suavidad de su buril, que apenas se encontrará en sus obras esa dureza que repugna aun al ojo mas profano á las artes. Tan admirables progresos eran debidos al ilustre valenciano D. Manuel Monfort, á cuyo celo y direccion habia confiado la Academia de San Carlos el nombre y el estudio del jóven Rafael Esteve, y del inmortal D. Vicente Lopez, cuya vida conserva todavía el cielo para que pueda contemplar la gloria de sus acreditados compañeros y alumnos. Lopez y Esteve, despues de tres años de pension, ofrecieron varias obras á la Academia, cuyo presidente les dispensó el honor de que tomasen asiento despues de los tenientes, hasta concluida aquella sesion. Esteve obtuvo en 9, 10 y 11 del siguiente Julio otro premio de los mensuales; y por aclamacion, en 6 de Marzo del 96, se le concedió el título de académico de mérito, en vista de la hermosa estampa de San Bruno, cuyo grabado escitó la admiracion y el entusiasmo de la Junta.

No rodaba, entre tanto, reducido á los salones de la Academia, el nombre del acreditado grabador; porque su buen gusto y el acabamiento de sus obras penetrado habia hasta el régio alcázar español, donde las artes han encontrado siempre una honrosa acogida, para no dejar perecer la antigua proteccion de Carlos I y de los cuatro

Felipes. Así fue que Esteve sorprendió gratamente á la Academia, á quien consagraba toda su gloria, participándola, en 4 de Abril de 1802, el honor que acababa de dispensarle la magestad del Señor D. Carlos IV, concediéndole los honores de grabador de cámara, y acompañando esta fausta nueva con egemplares de los retratos de SS. MM. que servian para la portada de la Guia de aquel año. No se limitó á esto la gratitud del encumbrado artista, y en prueba de lo mucho en que tenia á la distinguida Corporacion, remitió un egemplar de la estampa que habia grabado del célebre cuadro del Guarchino, obteniendo ya entonces esa brillante reputacion á que debia su carrera, y el sueldo de trescientos ducados de vellon anuales, que mereció de S. M. en 26 de Diciembre de 1804. Fácil era desde aquella época prever el alto porvenir á que estaba destinado, viéndole ocupar un nombre entre Selma, Enguídanos y Brandi, cuyos trabajos eran admirados en los mismos paises estrangeros. Antes, empero, de elevarse á la merecida distincion de grabador de cámara, á que la benevolencia del rey, el voto de los profesores y la opinion pública le destinaba, sufrió la España aqualla violenta sacudida que, estremeciendo el alcázar de Aranjúez, pareció abrir los Pirineos, para dar paso al gigante militar del siglo actual, cuya marcha hacia bambolear los tronos y los mas sólidos imperios. Aquel torrente, que desde el Sena á las orillas del Báltico, y desde las riberas del Pó

y del Rhin, venia á arrojar sobre la España la arena recogida al pie de las pirámides y en los campos de Austerlitz, pareció inundar nuestra península arrojando delante de sus ondas á los bravos españoles que osaron, sin embargo, romper las águilas imperiales, manchando sus alas en el memorable dia 2 de Mayo. Atónita la España, y contemplando á sus hijos atrevidos luchar y reluchar sobre los débiles muros de Gerona, de Zaragoza y de Sagunto, y en los campos de Bailén, vió de paso á otros dirigirse de todas partes á buscar en Cádiz un asilo inviolable contra la invasion, para no inclinarse ante el heredero del trono de San Luis y de los representantes del 93. D. Rafael Esteve, fiel á su rey y fiel á su patria, salvando peligros sin número, y cubierto de harapos, como en otro tiempo el Tasso, se encaminó tambien, errante peregrino, á la isla gaditana, sin mas recomendacion que su nombre. Afortunadamente halló en su pariente el célebre arquitecto, director de la Academia de San Carlos y Diputado á Córtes, D. Joaquin Martinez, la benévola y franca acogida que era de esperar de tan cumplido caballero, logrando de este modo atravesar menos azarosas las difíciles circunstancias de aquella época de heroismo y de sangre, de laureles y de sepulcros.

Vuelta la España á reposar, despues del regreso del rey D. Fernando, se apresuró Esteve á pasar otra vez á la corte, donde su amabilidad, la dulzura de su carácter y la cortesanía de sus modales,

le habian acrecido el número de amigos y de admiradores, entre los que el Soberano parecia ocupar, por su bondad, un lugar preferente para el artista. En prueba de su régia proteccion y de su afecto partenal, mandó S. M. que su grabador de cámara, dando mayor vuelo á su genio creador, recorriese á sus espensas las principales capitales de Europa. Faltaba solo este viage al acreditado Esteve para preguntar á la Europa si habia un genio que en su clase fuera superior á él; y Esteve visitó sucesivamente Lóndres, París, Viena, Nápoles, y por fin la veneranda ciudad de Roma, donde cada piedra es una inspiracion y cada monumento una historia, en que los emperadores y los mártires dejaron esculpidos sus recuerdos. Hallábanse entonces en la capital del mundo cristiano los reyes D. Carlos IV y Doña María Luisa de Borbon; y como Esteve habia tenido el honor de haber servido á los augustos Soberanos, recibió inmediatamente á su llegada la órden de presentarse á SS. MM. y la honra de asistir todos los dias á la hora de comer. Esteve no podia, sin embargo, resistir al deseo que le impelía á volver á España, llevando fijo siempre en su mente el gigantesco pensamiento de ofrecer á la posteridad una obra digna de él, y que señalara en adelante el siglo en que floreció. Impulsado, pues, por tan luminosa idea, se despidió de SS. MM., y la augusta Reina se dignó facilitarle las sumas de que quisiera disponer, no solo para verificar su viage

con aparato, sino para hacer de ellas el uso que tuviera por conveniente. Mas el honrado artista, que aunque espléndido en su porte, jamás abusó de la confianza de sus elevados protectores, aceptó solo aquella cantidad que estimó suficiente, muy inferior, sin embargo, á la maternal bondad de su Soberana.

Fatal fue el año 1815 para las artes, que perdieron al digno, escelente y aplaudido grabador de cámara D. Tomás Lopez Enguídanos; y solo pareció llenar cumplidamente el vacío que dejaba, concediendo S. M. en 23 de Febrero la plaza vacante á D. Rafael Esteve, con la pension de doce mil reales anuales. Cinco años despues, esto es, en 29 de Mayo de 1820, le asignó S. M. seis mil reales mas, en atencion á los importantes servicios que prestaba Esteve en su carrera artista; y este cúmulo de honores, y el aplauso universal de la España, que admiraba entusiasmada sus trabajos, le impelió á dar comienzo al noble pensamiento que le ocupaba ya hacia muchos años. Queria crearse un nombre europeo; queria mas gloria, pero esa gloria que para el artista y para el literato principia á nacer sobre su sepulcro; queria, en fin, emprender una obra que fuera bastante á eternizar para siempre su reputacion. Lo quiso el artista, y lo consiguió. Al efecto recorrió nuestros museos y examinó con detenimiento los cuadros de Velazquez, de Zurbarán, de Ribera y de Murillo; y siempre entusiasta por este último, estuvo fluctuante entre

la Santa Isabel, y el conocido por las Aguas de Moisés.

Resolvióse, por fin, en favor de este último, y consultando su pensamiento con el Monarca, obtuvo de S. M. la Real licencia para trasladarse, á principios de 1822, á la capital de Andalucía, donde se encuentra el célebre cuadro de aquel pintor tan poético como divino. Presentóse Esteve en el hospital de Caridad, y allí hubo de encontrar ya el primer obstáculo á la realizacion de su inmenso proyecto. Negóse desde luego el gefe del establecimiento á desprender el cuadro del punto en que se hallaba colocado, temeroso sin duda de que el mas leve incidente causára daño á aquella preciosa joya, que vale tanto como una rica diadema. Detenido el grabador en el principio de su empresa, participó la novedad al Soberano por conducto de su secretario de Estado, y acto contínuo despachó S. M. una órden para que D. Rafael Esteve pudiera disponer del cuadro del modo que deseara, haciendo responsable de esta soberana resolucion al gefe del establecimiento. Triunfante el artista con esta concesion puso mano á la obra, y á los pocos meses concluyó su dibujo, que se apresuró á llevar á Madrid. Su primer cuidado fue presentarlo á S. M., que admirado de la obra, la retuvo en su poder por espacio de veinte dias, para que los altos funcionarios del Estado, el cuerpo diplomático estrangero y los representantes de la Nacion, pudieran ver aquel dibujo, que era una obra

altamente perfecta. Desde entonces comenzó á grabarla: doce años de afan, de constancia, de estudio, de delirio, no le parecian aun bastantes para concluir su trabajo. «Yo solo quiero concluir esta obra, y morir despues; quiero dejar un nombre, porque la gloria del artista comienza sobre su sepulcro;" decia Esteve en aquellos momentos de fatiga, de duda y de esperanza. Esta obra era su sueño; á ella habia consagrado los dias y las noches, porque ella sola debia crearle un nombre que no morirá jamás. Despues de tanta constancia y de tanta fe, vió por fin concluida su plancha; é inmediatamente pidió permiso á S. M. la Reina Gobernadora para trasladarse á París, con el objeto de dar comienzo á la tirada. Obtenido el permiso voló con su tesoro á las márgenes del Sena, y tiró las primeras pruebas en 1834. Pero desgraciadamente las pruebas no correspondieron desde luego á su inmensa creacion artística, y Esteve trabajó de nuevo, y esta ansiedad, esta incertidumbre, despues de largos años de estudio, le atrajo una cruel enfermedad, de la que curó, casi milagrosamente, por las atenciones delicadas de un médico español. Vuelto á la vida, volvió tambien á su trabajo: «solo quiero concluir esta obra y morir despues." Y la concluyó; pero acabada, admirable, única, superior á las de Morghuen. Esteve es hasta ahora el primer grabador del siglo. Llegó, entre tanto, la esposicion pública de París del año 1839, y su objeto mas grande, el que mas escitó la

atencion de aquella capital ilustrada, fue un egemplar de la estampa de las Aguas. Un aplauso unánime fue á anunciar al artista que su gloria principiaba ya; y el anciano gefe de la Francia preguntó por el autor, y quiso conocerle. Nuestro embajador en aquella corte tuvo el honor de presentar á S. M. el Rey Luis Felipe al modesto español, que quedó atónito á la vista del triunfo que se le habia preparado aun antes de morir. El distinguido Soberano le recibió en familia, y apenas le vió entrar en su régia cámara no pudo mostrarle de otro modo su admiracion, que estrechando al artista una y otra vez contra su pecho; apretábale la mano con sinceridad, y por fin se dignó hacerle sentar á su lado, dispensándole la honra de ocupar mucho tiempo en hablar con el pobre adorador y sacerdote de las artes. «Jamás, decia Esteve, he esperimentado una alegría mas pura que cuando el Rey Luis Felipe me tenia estrechado entre sus brazos: lloré entonces, porque me hallaba feliz.” La Francia entera aprobó con aplauso el premio de la gran medalla de oro concedido á un estrangero; y Esteve, que en medio de su ovacion no olvidó nunca á la Academia de San Carlos, se apresuró á remitirle, en Noviembre del mismo año 1839, las mejores pruebas de la estampa con la siguiente inscripcion al pie, escrita de su puño: «A la Academia de San Carlos de Valencia, en que recibió las primeras lecciones de grabado, ofrece este fruto de ellas. = Rafael Esteve.” La

Junta particular, y despues la ordinaria, le creó, por aclamacion, su académico de honor y director honorario de la misma en la clase del grabado. Este dia lo fue de júbilo para la Corporacion, que dispuso se adquiriese el retrato del inmortal Esteve para colocarle entre sus distinguidos profesores. La gratitud respetuosa con que Esteve remitió su obra á la Academia es la espresion de un hijo reconocido, y que le honra mas de lo que se pudiera creer. La Reina de España se apresuró tambien á condecorar á su grabador con la cruz de Carlos III, en 6 de Junio de 1841; y estas pruebas de distincion no eran mas que el eco de la culta Europa, que admiraba al artista español.

La obra de Esteve, decia el célebre poeta Duque de Rivas, es una de aquellas que hacen época en la historia de las artes, y que inmortalizando á su autor, honran al pais á que pertenece. El infatigable é ingenioso grabador, despues de prolijos y bien aprovechados estudios, despues de largos años de afortunada práctica y al cabo de profundas meditaciones, concibió la feliz idea de levantar un monumento de gloria á Murillo, y de labrarse á sí mismo una corona, asociando su nombre al del divino artista sevillano, y ha llevado á cima completamente tan árdua y grandiosa empresa. De todos los pintores, el mas difícil de traducir en una estampa, es sin duda el que, ilustrando á Sevilla y á España en el siglo XVII, y admirando hoy á la Europa culta, acaba de ser tan fielmente

reproducido por el buril del señor Esteve : porque la fluidéz y gracia de sus contornos, la verdad y espresion admirable de sus cabezas, lo caprichoso y ligero de sus paños, su graciosísimo y apacible colorido, el tono admirable de sus cuadros, el toque franco y sencillo y aquel no sé qué encantador de todas sus obras, parecia imposible, despues de costosas esperiencias, trasladarlo al cobre, y de éste al papel, viéndose repetidas veces burladas las mas hábiles manos y los ingenios mas atrevidos que osaron hacer la prueba. Esta empresa estaba reservada solo al señor Esteve. Meditador profundo, con esquisita sensibilidad artística, y con facilidad suma en el manejo del buril, eligió para su triunfo una de las obras de Murillo, de mayor magnitud y belleza, y de composicion mas complicada. El cuadro llamado vulgarmente DE LAS AGUAS, por representar al pueblo de Israel en el desierto apagando su sed con las milagrosas que brotó un árido peñasco herido por la vara del legislador : este cuadro, que se conserva en la iglesia del hospital de la ciudad de Sevilla, para donde fue pintado, llamó la atencion del señor Esteve, y aunque conoció el coloso que atacaba, cobrando fuerzas de la misma dificultad, se inflamó en el pensamiento del pintor, y en momentos de inspiracion favorable logró arrebatarle sus gracias y robarle sus contornos, sus sombras, sus medias tintas y hasta sus colores y tono en un admirable dibujo de magnitud no comun.

Pero no bastaba este triunfo á la ambicion del señor Esteve: necesitaba publicarlo por el mundo, multiplicando la felicísima copia, y preparó el cobre, y echó mano del buril para conseguirlo, y lo cónsiguió, como lo manifiesta la estampa que se admira hoy en la Academia. Doce años de continuo afan y de aplicacion constante ha costado al grabador esta lámina que lo inmortaliza, y que tan alto nombre le ha dado en las naciones cultas. Examínenla, pues, los inteligentes y aficionados, y todos conocerán su mérito portentoso, particularmente aquallos que hayan estudiado á Murillo. Jamás pintor alguno ha sido tan felizmente trasladado al papel; jamás estampa alguna ha dado tan exacta idea del cuadro que copia. Se ven en ésta los tonos, el toque, el gusto, el colorido del cuadro y el método empleado por el señor Esteve: ¡con tanta maestría ha vencido todas las dificultades! No se ve en su estampa aquel sistema uniforme de líneas combinadas de este ó del otro modo, constante, sin mas accidentes que mas ó menos fuerza, mas ó menos aproximacion para causar triviales efectos de claro-oscuro, ni aquella rigidéz de contornos que hay en casi todos los grabados, ni aquella conformidad de estilo en carnes, paños, celages y terrazos que fatiga los ojos y enfria el ánimo. Nótase, por el contrario, una variedad de métodos aplicados felicísimamente á los objetos representados, y una fácil imitacion del aire del pincel que los produjo. Los niños, las mugeres, los

hombres, los ancianos, los diversos ropages, los animales, las rocas, los diferentes utensilios, el celage, las aguas, cada cosa tiene el toque que mas parece convenirle; formando un total sorprendente en que resalta el espíritu de Murillo con toda su fuerza, con toda su dulzura, con todo su encanto. Artistas del mérito del señor Esteve, y de tanta constancia y amor al arte, que emprenden y siguen con teson, y llevan á cabo con tal éxito, en medio de circunstancias tan calamitosas, obras semejantes, son muy raros, y la nacion que los produce debe estar ufana y segura de figurar entre las mas favorecidas del cielo y entre las mas ilustres del globo.

El Monitor francés de 21 de Agosto del mismo año 39, decia entre otras cosas, despues de hablar minuciosamente de la belleza de la estampa, lo siguiente: despues de haberse penetrado profundamente de su modelo, despues de haberle dibujado con la mas escrupulosa exactitud y procurado trasladar á la copia toda la mágia del original, emprendió la lámina por unas dimensiones que pudiesen hacer de ella un cuadro compañero del de la famosa cena grabada por Rafael Morghen. La fama de que goza la ha adquirido muy justamente, ni puede obtenerla mayor que la que merece.

El Diario de los Debates decia: El señor Esteve ha envejecido, por decirlo así, acariciando esta obra, fruto de un largo y asíduo trabajo. La Revista Parisiense: De intento, continúa hablando de la Esposicion pública, hemos guardado para

este lugar (permítasenos la espresion) guardado *para los buenos paladares* una página admirable y ciertamente completa, estudiada con toda la inteligencia del génio, y egecutada con ese amor, casi religioso, que el artista, verdaderamente digno de este nombre, debe tener á su arte: hablamos del agua de la peña de Murillo. D. Rafael Esteve se ha inspirado dignamente de su modelo; intérprete fiel y traductor de una obra maestra, ha hecho una obra maestra tambien.

Al aplauso de la prensa se unieron los de las corporaciones artísticas. El Liceo Valenciano le creó á propuesta del malogrado D. Pedro Sabater, su Sócio de mérito, y colocó un egemplar de la estampa en el Salon de Juntas. Por todas partes se arrojaban á los pies del artista las coronas, versos, felicitaciones de todas clases, venidas unas de los augustos lábios de S. M., otras de los primeros artistas españoles, y en medio de tanta gloria recibió secretamente Esteve la visita de dos mensageros incógnitos, que en nombre de un elevado personage, le rogaron trabajase otro grabado, copiando el otro gran cuadro de Murillo, que representa el Milagro de los Panes. Esteve, halagado por una inmensa fortuna, conoció que su anciana edad no podria ya emprender tamaña obra, y solo repitió: «He concluido el de las Aguas; he hecho ya cuanto podia hacer.»

Sí, D. Rafael Esteve que habia ya alzado un monumento para Murillo y para él declinaba hácia

su ocaso; bajaba á descansar al sepulcro: y la naturaleza queria tambien hacerle sufrir todas las angustias de una larga y penosa enfermedad en el pecho, que le afligió durante sus últimos años. Su espíritu era sin embargo superior á los dolores; triunfaba de ellos, como triunfaba del olvido. Pero agravándose la enfermedad, hubo por fin de postrarse en cama en la tarde del dia 1.° de Octubre del pasado año 1847, y recibiendo seguidamente los ausilios de la religion, espiró á las pocas horas, llenando de consternacion y de luto á los que le rodeaban en aquellos supremos momentos.

La España ha perdido á uno de sus primeros artistas; la Academia de San Fernando á uno de sus mas distinguidos miembros; la de San Carlos á uno de los mas predilectos de sus hijos. ¿Se erigirá con el tiempo una estátua en su patria al inmortal D. Rafael Esteve? La posteridad no le negará este honor, así como sus contemporáneos han sido justos con su memoria; pero entre tanto la Academia de San Carlos le reserva un lugar, que subsistirá inmaculado, mientras las artes vivan en este pais. ¡Ojalá esta Corporacion tuviera un Homero que pudiera cantar sus glorias, y un Vergára para que trabajara su estátua!

Pero el Gobierno de S. M., ilustrado, protector de las artes y atento á la gloria de este suelo privilegiado, recordando los nombres de los grandes artistas valencianos que han inmortalizado el siglo y tendiendo su mano sobre la Academia

de San Carlos, la honrará como se espera, para que imitando los grandiosos esfuerzos de la sábia Corporacion artística de San Fernando, á cuya sombra crece aquella tambien, le dejará á Valencia la gloria de conservar este asilo de las artes. La Academia de San Carlos, siempre reconocida, no será jamás ingrata á tanta proteccion, para dar con el tiempo otro Esteve, así como ha dado un Vergára y un Lopez. Solo así es fácil perpetuar la memoria del ilustre grabador D. Rafael Esteve: solo así se honra debidamente la cuna que le dió el ser, y solo así podrá la Corporacion de San Carlos corresponder á la alta mision que el Gobierno le ha confiado para inmortalizar el reinado de la ilustre Isabel.